

nota alegre y voluntariosa en el espíritu que ya desfallecía encogido a la sombra de la espera incierta.

La fé, la esperanza y la caridad son como tres piedras básicas tendidas en el camino de la vida para llegar al perfecto conocimiento de Dios.

Esperanza: puente de plata, arco de oro, talismán y norte de la vida.

¡Dios!

**La caridad**  
(*Ascuá de amor*)

La caridad es un carbón encendido que nos abrasa el alma y que abre con llave de oro las puertas resplandecientes de las mansiones de la gracia. Se pueden poseer honores, riquezas fabulosas, un talento preclaro, un abolengo procer, muchas aquilatadas virtudes, pero todo será nada si en nuestro corazón no germina como en tierra abonada el grano fecundo de la caridad.

Así como en las eras preparadas para la siembra se tira un grano de pardo trigo candéal y fructifica ciento por uno, en el alma del hombre la semilla de la caridad germina largamente dejando un surco de agradecimiento duradero que persiste por toda una vida. Y si la tierra generosa nos devuelve con creces lo que en ella depositamos, el sustento para el cuerpo y para el espíritu, el alma humana, sin duda, no será menos agradecida.

Amor y caridad son dos virtudes frateras que van por los caminos del mundo regando su caudal de aguas vivas y milagrosas. La caridad es un forma desviada del amor, como éste lo es de aquélla. Cuando San Francisco de Asís, el dulce ruiñeñor de la Umbría, se siente traspasado por el gozo del dolor de amor, y no se cree digno de esta misericordia, con un íntimo transporte de alegría balbuce humildemente: Amor de caridad, ¿por qué me hieres? si tus garfios más se me aprietan, más reposo en la hoguera de tu amor. Por donde se deduce que la caridad, el amor y el dolor son las tres aristas del triángulo que hace perfecta una vida.

San Vicente de Paúl, el amoroso y dulce Serafín de Francia, vivió y murió inflamado en un santo espíritu de caridad, y su alma sensible era constantemente una zarza incendiada de compadecimiento por todos los dolores y sufrimientos humanos. "Amar en espíritu es compadecer, y quien más compadece más ama. Los hombres encendidos en ardiente caridad hacia sus prójimos es porque llegaron al fondo de su propia aparentialidad, de su nadería, y volviendo luego sus ojos así abiertos, hacia sus semejantes, los vieron también miserables, anonadables, y los compadecieron y los amaron. El hombre quiere que se sientan y se compartan sus penas y dolores". Porque no es simplemente caridad el sólo alargar al hambriento un pedazo de pan que acaso sobre en nuestra mesa, al sediento un vaso de agua que corre del chorro de la llave. Caridad también lo es aliviar una desgracia, consolar una pena, borrar una

tristeza, dulcificar un dolor, compartir una amargura. Y en esto encontró Vicente de Paúl la clave de que a Dios se llega por el más puro y encendido amor de caridad.

*Blanca Milanés*

San José, Costa Rica, Abril, 1931.

**Meditaciones breves**

**Justicia**

= *Envío de la autora* =

—¡No pido nada más que justicia!— claman los que sufren castigos, humillaciones u ofensas inmerecidas. *Nada* más que justicia! Les parece ésta algo tan inherente a la naturaleza humana que como el aire en la corteza terrestre, así debería respirársela en la sociedad de los hombres.

Justicia, dicen los clásicos, es asignar a cada cual lo que le pertenece. En tratándose de bienes intangibles es conferir estimación y honores de acuerdo con los méritos.

Alguien ha escrito que en cada uno de nosotros existen, por lo menos, tres seres bien distintos: el que somos en realidad, el que querriamos ser y el que perciben los demás. Desde el exterior, las gentes nos divisan desde un ángulo perfectamente opuesto, sin duda, a aquel en que íntimamente nos colocamos para juzgarnos. Y entre lo que en verdad somos, y lo que ambicionaríamos ser, ¿quién es capaz de trazar el límite? ¿Nos tratamos todos con tanta indulgencia, sabemos excusar tan prolijamente nuestros íntimos defectos y corto alcances!

Y cómo juzgamos a los demás...! Con escasísima referencia a sus méritos (que no nos cuidamos de averiguar), y sí, en relación a la simpatía o animadversión que

nos inspiran instintivamente. Una gota de soberbia en nuestro criterio basta para que alabemos de talentosos a los que piensan como nosotros y para que tildemos de gentes de poca valía, si no de imbéciles, a los que nos contradicen o desestiman. ¡Empleáramos para considerarnos el mismísimo criterio que aplicamos a los demás, en qué poco nos tendríamos!

Incapaces de justipreciar, ¿cómo esperaríamos que el concenso ajeno sea equitativo? ¿Por qué? Justicia implica amor, virtud, y sabiduría. Hacen bien los católicos al esperarla solamente de Dios. Quejarse de la injusticia de nuestros semejantes es en el fondo tan insensato como dolerse de que la humanidad no sea bella, sapientísima y libre de todo mal.

Miremos la verdad tanto como nos sea posible, con valor y sin arrogancia. Admitamos humildemente que participamos en la infinita variedad del mal y del bien, que dentro de nosotros, en amasijo fecundo, luchan todas las perversiones y todas las virtudes. ¡Así somos hombres! En esta actitud, troquemos nuestra ofrenda: te amo, a pesar de tus pequeñeces; te aprecio conociendo tus yerros; te siento mi hermano sabiéndote miserable como yo, y como yo caminante de una senda que quién sabe después de cuantos milenios, quién sabe si en esta forma humana o no, logre la soñada e imposible perfección, para la cual, quién sabe si el sacrificio de nuestras vidas ha debido ser necesario. No nos cuidemos de exigir justicia, ni bondad, ni ninguna virtud perfecta. Así, la que recibamos, tendrá un doble y dulce significado: el de un don que no merecemos.

*Amanda Labarca H.*

Santiago de Chile, Marzo de 1931

**Los hombres de negocios en la política**

Considero funesto para una nación que sus políticos sean hombres de negocios, pero no porque estos negocios sean sucios, sino también en el caso de que sean limpios.

Y no es hostilidad de "intelectual" contra los hombres de negocios. Yo deploro que en España haya tan pocos, y espero mucho de su multiplicación. Sin ellos nuestro país no alcanzará jamás el nivel a que ha llegado la evolución económica europea, que es, a su vez, *condición material de todo progreso histórico* para la península. Necesitamos a grandes zancadas situarnos en la altitud del capitalismo continental, y esto sólo pueden realizarlo los hombres de negocios. ¡Aviada estaría España si tuviese que esperar su plenitud económica de nosotros los escritores! Por eso yo, desde mi boardillita, me entusiasmo cuando veo pasar un auténtico hombre de negocios.

Pero otra cosa es que esos hombres de negocios estén en el Poder, y, en vez de hacer sus negocios, los compliquen con la política. Por ejemplo: no obtiene España

la menor ventaja de que sea ministro de Hacienda el Sr. Ventosa, que es, a la par, vicepresidente de la Chade. Y menos todavía cuando en ese Ministerio existe un expediente sobre tributación de la Chade. *Rechazo toda insinuación maligna que pretenda rebasar lo más mínimo la significación estricta de esas palabras; pero la significación estricta de esas palabras quiero que conste de la manera más taxativa.* Yo no admito dentro de mí el pensar mal gratuitamente de nadie; pero como español, protesto de que se me obligue a pensar bien de situaciones nacionalmente delicadas. Por eso, porque ni es lícito pensar mal ni es aceptable que se nos obligue a pensar bien, es por lo que no pueden estar en el Poder los hombres de negocios.

Si esto fuera sólo una opinión mía, no importaba en dosis apreciable. Porque mi poquedad está siempre a un dedo del error. Lo malo es que tengo mis clásicos. Y no cualesquiera, sino el clásico de los clásicos en la materia, el padre y maestro de la Economía política, al propio Adam Smith. El cual, en su libro fundamental, dice esta